

LA ESCUELA DE LA MENTIRA

Ni sé como fué ni cuándo; pero no importa para la verdad de este discurso. Quédese por averiguar la ocasión en que me cogió del brazo un hombre, cuya figura entorpeció mis palabras y se llevó el poco ánimo que me dejó la sorpresa. El habla poca, pero diáfana, que transparentaba todo el pensamiento, salía de labios sumidos y como en acecho tras de la barba blanquísima y descuidada; arrugada la frente, coronada del laurel de canas desengañadas y en desorden; los ojos disparándose por las ballestas de unas antiparras, burlonas, punzantes, escrutadores: se bundían en el alma y no dejaban rincón de ella que no registraran; pesábanle los trabajos y los años tanto, que no pudiendo el cuerpo con la carga, se inclinaba hacia adelante, desmayado y enfermo, obligando a las piernas a menudear el paso y a las manos áridas a buscar sustento en un bastón.

Este vestigio se me acercó, y leyendo los secretos de mi alma, llenándome de confusión y vergüenza de mí mismo, me dijo entre colérico y risueño: — ¿A donde vas? ¿Por qué te engañas así, buscando el mejorarte en cosas que te darán pena? ¿No ves que todo hombre miente, y que la riqueza de los unos y el alto estado de los otros, y la fortuna y el regalo de los más, no son sino la capa por debajo de la cual hieren o envenenan su propia y la ajena dicha? Sígueme, por que te enseñaré cosas que te espantarán.

Dijome esto, apretando los sarmientos de sus dedos a mi brazo y tirando de mí. Yo seguí sus pasos, más por miedoso que por convencido; y cuando anduvimos un buen trecho por calles que nunca ví en toda mi vida, nos paramos a la puerta de su casa.

— Entra sin miedo, — dijo entonces, empujando las hojas. — Yo sé que eres curioso y muy aficionado a saber secretos: aquí te haré saber.

Me llevó a una sala llena de máquinas rarísimas, mostrándome

antes que otra cosa alguna un espejo que jamás copiaba la imagen del que se miraba, sino la de los extraños.

—¿Qué espejo es este?— preguntó. —Este es *espejo de defectos*,—dijo—porque nadie vé con claridad los suyos, sino los ajenos. Pero no es a eso a lo que te trafa: acércate aquí y mira lo que se trasluce por estos lentes.

Puso delante de mí unos anteojos de extraña forma y ayudándome a enfocar sus lentes, descubrí al punto un corazón, que al parecer latía regularmente. Lo más notable de aquello estaba, en que yo veía, al mismo tiempo que el corazón material, el espíritu que lo movía; y estando en esta contemplación, he aquí que el taimado viejo tocó un resorte, y desvaneciéndose ciertos velos, se me mostró el corazón entonces hinchado de soberbia, enjuto luego y palpitante de ira, hueco de vanidad después, y así tan dominado de todas las pasiones y tan inclinado a toda suerte de vicios, que no pude menos que preguntar:

—Pero ¿de quién es esta caja de maldades, esta máquina de bellaquerías?

—¿Duro estás en calificarte—dijo el viejo, riendo a carcajadas:—disimula más y trátate mejor: porque ¿no vez que es tu propio corazón?

Si hubiera podido huir de mí mismo, allí concluyera la amistad que me une con este compañero que llevo dentro de mí, torcedor de mis gustos, enemigo de mi dicha.—Renuncio a mirar más,—dije tomando la puerta.—¿A dónde vas?, repuso el viejo, cogiéndome del manteo.—Yo te creí más templado de ánimo. Aguarda, aguarda: que has de aprender hoy cosas que te hacen mucha falta.

Yo tiré tanto, que le dejé el manteo entre las manos, y eché calle abajo, como perro con masa. Tropecé luego con un *beatus vir*, que me detuvo, me habló de las Cuarenta Horas, y me alargó un recibo de la hermandad de San Fulano. Pagué muy devoto; y no había vuelto del todo las espaldas al cobrador, cuando le vi todo transformado: llevaba la piedad barnizada; la fé enredada con la madeja de las mentiras; sustentaba los vicios con el tanto cuanto de añagazas hipócritas; los deseos, borrachos, embozados en frialdades de estómago y trabajos por la gloria de Dios: todo él pura maldad. Dióme tal rabia del hombrecillo, que quise ahogarlo; dió a correr; detúvome el viejo, que sin yo notar lo, me había puesto delante los consabidos lentes, y colgándome el manteo, me dijo:

—¡Qué mal pagas a quien te enseña el mundo como es! Dame tu brazo y vamos a la Academia de la Verdad; porque te aseguro

que te hace muchísima falta. — Antes me dirás tu nombre — le dije. — Y ¿para qué lo quieres? — Para saber con quién voy; porque, por mi alma, que me pareces el demonio mismo. Ya lo sabrás a su tiempo, me contestó — ¿Cuándo? — Cuando los pesares, los años y el seso, dijo, te enseñen a conocer el mundo y a tí mismo.

Desde aquel sitio hasta el Palacio de la Academia, teníamos que andar larguísimo trecho: el camino no se acababa nunca; y por darle descanso y entretenimiento al ánimo, mientras el cuerpo se rendía, enfilé los anteojos a los que pasaban por nuestro lado, poniéndolos primero en un caballero de gentil presencia, que caminaba por la acera de enfrente en compañía de unas damas. Estas se llevaban tras de sí las miradas y los deseos de los que pasaban, enredándolos en los leves velos con que, disimulándolo mucho, pretendían encubrir sus carnes; y él causaba admiración, por lo grave, serio y magnífico de su porte. Señalábanlo por honrado, generoso y bueno; y no era mucho, teniéndolo por rico y por dichoso, felices libreas de la virtud del siglo.

Aunque pretendí conocerlo por de dentro, no pude averiguar sino lo que por de fuera se veía; pero como se notaba que no había proporción entre su figura y la escasa ropa de las señoras, díjeselo a mi compañero, para que me lo explicara, si podía.

Rióse el viejo, haciendo bailar dos colmillos, mal avenidos, que le quedaban en la sima de la boca, y viendo mi confusión, me dijo, entre toses reidas y carcajadas de asma: — Esta gente no se vé nunca por delante, en donde todo es compostura y cortesía, con que mienten; dejémoslo pasar, apúntale al costado o a la espalda, adonde porque les enoja, suelen llevar la vergüenza y verás maravillas!

Y así fué: el hombre honrado resultó pillo de marca y ladrón casero; costeábale los vicios la fama, y el coche y el regalo de la vivienda la honra. Acababa de concertar un desafío porque le pisaron y deslustraron el charol de la bota, y no oyó en cambio que otros le llamaban con no sé qué palabra de estilo cabreril. Allá se entendería: decíase que hasta el vestido y el sombrero los pagaba otro. Hízome gracia el sujeto, como otros muchos que tropezamos, honradísimos todos y muy estimados del mundo, que ni mataban ni robaban cosa que públicamente se supiera, aunque en los demás mandamientos entraran así como en barbecho.

Dimos en esto vista a un entierro de gran pompa: carroza digna de rey, tirada por caballos entorpecidos con larguísimas mantas de felpa; la caja, a lo que se adivinaba por entre el Himalaya de co-

ronas, riquísima; el acompañamiento grave, a paso de procesión, muy numeroso, sin cosa de clerecía ni cruz parroquial, pero con el indispensable director espiritual muy compungido, a la cabecera.

—¿Quién es el muerto?, preguntó a uno de los acompañantes.

—¡Oh! ¡El muerto! ¡Una pérdida irreparable! Y no me dijo más. Pregunto a otro ¡Oh! Si usted supiera quien era el muerto!, me dijo: ¡Qué irreparable pérdida!

—Pero, grandísimo majadero, ¿no vez que pierdes el tiempo?, me gritó el viejo. ¿Para qué quieres los anteojos? —Me los apliqué al punto, y comenzando por el difunto, apareció como había sido en vida: charlatán, embustero, trapisondista, pozo airón del sudor de los pobres, político sanguijuela, enredador de cuentas ajenas en provecho de las propias, zizañador, que a donde quiera que llevó su protección, dejó yermos los campos, encendidos los odios, perdidas las conciencias; y con todo fué diputado, senador, caballero de un calvario de cruces, y sólo merecedor de la del mal ladrón. Ayudóle a bien morir la esposa, gran devota, aunque sir confesor conocido: comparsa de novenas, bailes, rifas y zarandajas: Esta, cuando vió con las ansias de la muerte al marido, cerró a piedra y lodo la casa a los curas, pos temor de restituciones; y luego que advirtió que con las ultimas muecas hacía el esposo adorado los primeros cumplidos al Infierno, llamó presurosa al sacerdote que acompañaba el entierro, muy amigo de casa y pretendiente fracasado de una canongía pecadora que le prometió el difunto a cuenta de adulaciones: teniendo el consuelo de saber, que cuando el marido ya estaba bien muerto, le habían pegado medio *santoleo* en el entrecejo y le habían dado la *bendición apostólica*.

Calcúlese el dolor del desengañado y el humor negro que se le paseaba bajo el cuero. De los demás del duelo, quién maldecía al difunto; quién rabiaba por de dentro de lo intempestivo de aquella muerte que le llevaba muchas esperanzas; algunos, por último, se alegraban, viendo que el muerto no rebulía, ni movía pie ni mano con que escapara del cementerio. Murmuraban al otro día, que los vecinos de sepultura se habían puesto bajo pabellón extranjero, para asegurar los huesos.

Después de este encuentro, seguimos nuestro camino: tomamos la *Calle del Bien Parecer*, atestada de gente que parecía muy mal, porque nunca concertaban las palabras y cortesías con los hechos; pero como lo mandaba la moda, todos se hallaban tan satisfechos y contentos de engañarse. De lo que únicamente se quejaban era de dolor de las comisuras de los labios, de tanto sonreír forzosamente.

Dimos luego con la *Calleja de la Consecuencia*, en la que andaba un trasiego tal de camisas, que más que calle, parecía alberca de bañistas locos. Andaban todos a toma tu camisa y daca la mía, y no había quien se entendiera. No faltaba quien, metido en una de once varas, muy en ello, estaba empeñado en que los demás hicieran lo mismo. No sé en qué parecía el caso, aunque sospecho que muchos le imitaron.

Tropezamos, después de esto, al volver de la calleja, con la fachada de un palacio, a cuya puerta, como hambrienta gusanera, rebullía inmensa multitud de mancos, cojos, ciegos, enfermos e inútiles de todas castas; mal olientes, desgarrados, descubiertas las sucias carnes: ejército del hambre. Dábanle cinco céntimos por cabeza, producto del baile de la noche anterior; y me admiré, cómo soy clérigo; porque había visto aquella mañana la tela que ahorraron en el baile, la habrían dedicado a tapar los agujeros de la miseria. No era así; y aún con los lentes se adivinaba, que los maridos de algunas, que allí se regodeaban henchidos de caridad, sacaron de los escotes descalabrada la honra y achichonada la fama.

Llamaba mucho la atención, entre los samaritanos del reparto, el bulle bulle de uno, semihembra de voz, muy entendido en cotillones, encanto de las faldas. A las claras se le veía, que se le podían fiar caudales de honra, sin que sufriera menoscabo.

Tomaron los pobres el perrillo, se fueron con música de bostezos y repiqueteos de muletas, y apareció luego, muy estirado de cuello, uno que parecía caballero en lo limpio de las botas y en lo limpio de la camisa, en el charol de las botas y en lo nuevo del vestido; pero que en lo demás de su cuerpo y en los modales, más que caballero me quiso parecer caballería.

Charlaba con tres o cuatro artesanos, manoteando mucho; hablaba del sudor del pueblo, de la revolución social, de la tiranía y de otras cosas, con que los embobaba; y se le veía a través del pecho que siendo un holgazán, comía; robando, triunfaba; y engordaba la bolsa, a costa de los necios engañados. Este tal tropezó con uno de los pobretes del reparto, y atufóse, que daba miedo: por poco no lo mata con los ojos, porque le pidió pan.

Yo hubiera querido romper en las costillas del charlatán las muletas de un albañil cojo que junto a mí pasaba; pero me lo impidió el viejo, que tirando de un brazo y mostrándome un grupo de señores que venían en dirección contraria, me dijo:

—Estos que aquí vienen, tardos en el andar, arrugada e inclinada la frente, como agobiada de grandes pensamientos, y que miran,

cuando miran, con cierta majestad, son conocidos personajes que en todas las alegrías, calamidades públicas, festejos, cuchipandas, agasajos y ferias, forman la *Comisión organizadora*. Uno de ellos es presidente nato de todos los círculos, el otro tiene felicísima inventiva para idear fiestas, aquél una mano de lo que no hay para arbitrar recursos, estotro también la tiene extremada para sacar dinero, y todos en suma son singulares en su arte.

—Pues siempre he creído, dije al viejo, que este género de hombres hace grandísima falta en el mundo; porque echan sobre sí el cuidado de los demás y por hacerles bien, se ajetrean, sudan y afanan, con daño quizás de sus intereses.

—Veo, dijo el viejo, que ni te curas ni mejoras. Porque has de saber, que estos tales que tan generosamente sacrifican su bienestar por los otros, ni arriesgan nada, ni ponen nada de su bolsa; aunque persiguen, manosean, exprimen, sangran y enflaquecen las de los demás; y cuando parece que andan agobiados bajo el peso de los cuidados ajenos, ellos gozan, beben, comen, bailan, reparten mercedes, y reciben agasajos, aplausos y regalos. Y son tan astutos, que en sabiendo, que saben, que Fulano ganó alguna credencial, luego al punto se juntan y organizan un banquete, a tanto el plato, y a costa de los otros, se atracan hasta que se lo tocan con los dedos; y si un amigo escribió un libro o estrenó una comedia y gustó, antes que se piense en ello, ya se constituyen en comisión para el agasajo, y engullen y tragan sin temor de Dios, no poniendo de lo suyo, sino lo afilado de los dientes y el abismo del estómago. Y no digamos si se trata de alguna calamidad que Dios mandó o de una alegría y regocijo público: porque entonces la consabida comisión, subiéndose a mayores, concierta corridas de toros, funciones de teatro, bailes, jiras, misas de campaña, veladas, conciertos, carreras de bicicletas y cuanto puede idearse para lucir, moverse, estirarse, hacer el *coram populo*, e hinchar la tripa y entrar en todas partes sin pagar.

No sé si decía el viejo verdad en lo que dijo, aunque yo casi lo creí. Aquellos señores pasaron adelante, yendo tras de ellos muchos otros, de los que, sacrificándose por el bien ajeno, viven, engordan y triunfan.

Pasábamos entonces por la puerta de un palacio. A las claras se veía que todo estaba hecho de retazos. Parecía tienda de anticuario. Díjome el viejo que entráramos, porque allí había mucho que ver. Lo hicimos así. Al pronto me vino al pensamiento, que el dueño debía de ser de linaje muy antiguo; porque los escudos estaban comidos del tiempo, aunque el viejo me contó, que el señor de

la casa los labró así, para mayor autoridad, y que asimismo los arcones de que tenía lleno el palacio, eran de ayer; aunque parecían antiguos a fuerza de sobarlos y de los perdigones con que los agujerearon, para que semejara los comió la polilla. Hízome gracia el ardid, aunque no tanto como la que tenían hasta dos docenas de retratos que colgaban en la sala del estrado. Rezaban que eran antepasados del señor, y a punto estuve de creerlo; sino que el viejo entonces, haciéndome, que mirara por los lentes, me sacó del error. Habíanse comprado muchos en el *Jueves*, (1) y uno, entre ellos, era parte de un retablo de *Animas*, de donde lo recortaron para que se honrara en compañía de los demás. Tenía el rostro como de quien sufre, y me dijo el viejo, que andaban divididas las opiniones sobre el caso; porque unos decían, que aquel señor estaba triste, porque para el Purgatorio, en donde se hallaba, no lo iban a pintar bailando seguidillas; pero otros decían, que no era así, sino que el pobre estaba de aquel arte, porque lo sacaron del Purgatorio antes de tiempo, privándolo de pagar lo que debía, y además tenía fundadísimos temores de que le habrían de aumentar los tormentos, en pena de las mentiras que por su culpa se acreditaban.

Yo he pensado después, que, al cabo, aquel señor llegaría a consolarse, viendo que en la casa mentía todo: hasta el apellido de unas ejecutorias, colocadas sobre terciopelos roídos, despojos de Iglesia.

Salimos de la casa, en los momentos en que sinnúmero de chiquillos pregonaban un periódico. Lamábase *La Verdad*, y compré uno. Díjome el viejo: ¿Para qué lo compras?—Pues ¿para qué lo he de comprar, sino para enterarme de lo que pasa en el mundo?, le contesté.—Haces mal entonces, me dijo; porque no te enterarás de nada. Ten en cuenta que no hay nada más sufrido que la letra de molde. Con ella se dice lo que se quiere. Lee sinó, y verás, cómo a los atrevidos ignorantes, se les llama sabios y discretos; a los charlatanes, elocuentes; a los políticos sanguijuelas, Catones; a los ricos tacaños, próceres; a toda mujer, hermosa o simpática; a cualquier necio, distinguido; y en esto puede ser que digan verdad, pues la necedad suele siempre distinguirse. Si alguno de los dichos próceres, por darle aire a los ochavos roñosos, emperrijan la casa y cuelgan un jamón en la puerta, invitando para un sarao o un agasajo, no faltará nunca el zahumerio del periódico, poniendo en los cuernos de la luna la generosidad del anfitrión y la suprema elegancia de la

(1) Célebre mercado de Sevilla, feria de lo viejo.

señora, olvidando piadosamente el pertinaz tufillo que se les pegó de la tienda en que a puras hambres hicieron los padres el caudal.

Yo creo que el viejo todavía estaba echando pestes por aquella boca, sinó le hubieran cortado el discurso unas señoras, de esas que hacen obras de caridad con el dinero ajeno y que se desviven por redimir cautivos o convertir infieles y herejes con el trabajo de los demás. Venían a proponernos, que entráramos en una cofradía que acababan de fundar para proveer de guitarras y de romances a los ciegos de la ciudad, con lo que se conseguirían dos cosas excelentísimas: que todos anduviéramos alegres y que se propagara la buena literatura.

No sé lo que contestaría el viejo: es lo cierto, que las señoras dieron a correr, escandalizadas, y que no las vimos más.

Como pasáramos luego por cierta Iglesia, entramos a encomendar a Dios el buen suceso de nuestros negocios. Había a la puerta hasta una docena de pobres: quién ciego, quién cojo, éste mameo, aquél desnarigado. Traían tal concierto de lamentos y penas, que se metía el corazón en un puño. Dimos algunos perrillos, entramos, y cuando, después de un corto rato, volvíamos a la calle, la vimos toda alborotada y que la gente daba gritos persiguiendo al cojo, que huía como un corzo, con el paragua y el bolso de una señora, y mostrando tener tan sanas las piernas, que para que no le embarazaran las muletas, se las había echado al hombro. Y como con el alboroto, ganando tierra, se escurriera el cojo entre la gente y se metiera en cierta casa, el ciego, lleno de enojo, porque decía que así se desacreditaban todos y pagaban justos por pecadores, señalando con el dedo la casa en que el fugitivo se había escondido, gritaba de esta manera: —¡Allí, en la taberna se metió el bribón! ¡Yo lo he visto!

No sé qué sería entonces del ladronzuelo. Creo que se libró de los que le persiguieron, y aún me atrevería a afirmar, que lo he visto después, ded-carlo a ciego, tocando un acordeón, con un letrero colgado del cuello, en el que se dice que su desgracia es de nacimiento.

No se había sosegado del todo el alboroto, cuando la calle volvió a llenarse otra vez de gente, borrachos los más, gritando todos, y dando viva y muera. Pregunté y me dijeron, que era día de elecciones, y que aquella patulea iba a votar. Sin más anteojos, se veía a las claras, que los votos iban remojados de mosto, como bizcochos calados, y que la voluntad nacional, espontánea y consciente, hallaba sostén y amparo en aquella honorable muchedumbre, que por unas pesetas y otras tantas azumbres de peleón, inclinaba

la balanza de la pública felicidad del lado del que mejor y más generosamente abría la bolsa y la espita del barril.

—Por estas muestras, me dijo el viejo, podrás entender lo que han ganado las costumbres políticas, y sobre todo, cuánto bien y prosperidad se puede esperar de los que de este modo se sacrifican por el bien público. Y piensa que así es en todo; pues aunque los oficios de gobernar son difíciles y exigen sacrificios y esfuerzos de ánimo generoso, verás que nunca falta quien quiera ser gobernante y que siempre hay quien se despepite por mandar: en lo que se demuestra, que, aun siendo los tiempos tan malos, se hallan hombres que, sin miedo, vuelven las espaldas a su bienestar y se arrojan a las tribulaciones y estrecheces del gobierno; y lo que es más, a administrar lo ajeno, sin provecho ni ganancia, que ya es heroísmo. Y tienes una prueba manifiesta de lo que digo, en que por ruin que sea un cargo público, hay infinitos que lo desean, con tantas y tan verdaderas ganas, que muelen y cansan a todo el mundo por conseguirlo; conociendo yo a quien revolvió Roma con Santiago, por una vara de juez municipal, que es oficio gratuito, sin gajes conocidos.

—Una cosa, sin embargo, se me ocurre, dije entonces: que yo he conocido algunos, que antes de entrar a la administración de la cosa pública, ardían en celo por que se hiciera todo mejor y más ordenadamente, sin filtraciones ni enjuagues, como dicen; y después que cazaron la pieza, se amansaron mucho y dieron por bueno lo que antes se les antojaba pecaminoso.

—Veo que no acabas de entender el mundo, contestó el viejo; porque no adviertes, que todo ello, que no te niego que es verdad, puede creerse que se debe, a la natural bondad de los cargos políticos, que es tanta, que muda la condición de los hombres, y de los que son ariscos e intratables hace gente bonacóna y de buen componer. En fin, dejemos esto; porque ya pasó el turbión de los votantes y podemos seguir nuestro camino.

Atravesamos entonces una plaza, llena de sacamuelas e inventores de específicos, y dejando a la mano izquierda la estrecha *Calle de la Sinceridad*, muy desierta, entramos en la anchísima *Vía de la Mentira*.

¡Dios del cielo! ¡Cuánta gente! ¡Qué ricos trenes! ¡Qué pasar sin cuento de mujeres hermosísimas, blanco de millares de ojos, embargo de los sentidos admirados, pasto del deseo, envidia de la nieve y de la púrpura, emulación de la aurora y del sol mismo! ¡Qué cortesías de sonrisas; qué honestidad de miradas, qué cumplimientos de voces, qué manoseo de amistades!

—¿Y éste es el mundo?, dije entusiasmado; pues ¿cómo mis maestros me lo pintaron tan de otro modo?—Porque tus maestros eran sabios y tú eres tonto de capirote, me gritó el viejo enojadísimo. Y era verdad lo que decía. Muchos trenes de aquellos iban llenos más de trampas que de sus dueños: en los caballos de los coches y en los volantes de los autos, montaban almacenistas con los ojos hechos fuentes, de pena de la cebada que les comieron o de la gasolina que les quemaron de fiado: en la delantera, el sastre que vistió al lacayo; y en los almohadones de la caja, un ejército de modistas, tenderos y químicos, llorando las unas encajes, los otros seda, y los últimos albayalde y vinagrillos de tocador.

Andaban las sonrisas mordiendo, rabiosas, a las cortesías, lastimadas de cintura; la honestidad se cubría pudorosa las manos con guantes, para enseñar las espaldas, el seno y las piernas, hasta donde lo permitiera la libertad de enseñanza; los cumplimientos se daban de puñaladas mohosas por debajo de palabras dulcísimas, y las amistades alargaban las manos armadas de sables.

Ví uno de éstos, desmesurado, amenazándonos, y dimos a correr, como lo permitieron las piernas del viejo, hacia la acera opuesta, saltando baches, en que nadaban, como en alberca propia, multitud de personajes de cuenta, condecorados todos y enjuagándose la boca con lo que les enviaban caciques y contratistas. Algunos de mi hábito también ri junto a los charcos, haciendo reverencias a los del enjuague: eran hormiguitas de ministerios y perdigueros de catedrales.

En la acera a que arribamos, no se cabía. Un hombre de larguísimas zancas corría tras de gobierno de provincia, como galgo de trailla; otro huía del ejército de pleitos que defendió hechos maraña; tropezando con los que los perdieron, desnudos y hambrientos, y con la ley, que comida de polillas y malos abogados, se metía por lo ancho de un embudo. Perseguían a varios rateros diez o doce guardias y muchos caciques: ibanle a los alcances, cuando salieron todos los artículos del Código Penal y prendieron a los caciques y los condenaron a componer caminos y a devolver lo que habían tragado. Llenáronse los odres de las Dánaes.

Como los rateros corrían más que los golillas, echáronles usureros, con anticipo sobre lo que garbearan; pero al darles caza, se prendieron mutuamente y nunca se supo quién llevaba razón. Soltáronse, y por bien de paz, los declararon a todos caballeros de no sé qué Orden.

En suma: que en la calle no se cabía, de líos, embustes, tra-

moyas y mentiras. Léame el viejo los varios pensamientos que estas cosas me excitaban y me dijo:—Motivos tienes para temer: yo lo tengo también muy grande de alguna desgracia; porque es imposible que estos enredos terminen en cosa buena.

Y así fué: antes de que acabara el viejo su razón, vimos venir un ejército de chiquillos desarrapados y churretosos, gritando, saltando y haciendo visaj s. Tras de estos notarios de la fe pública en todos los escándalos y motines, venía una inmensa turba, que traía encadenada con muy pesados grillos a la Verdad. Estaba la Señora en los puros huesos, mal vestida y peor alimentada, aunque no había perdido su natural hermosura, que era tanta, que sus enemigos, para hacerle mal, no se atrevían a mirarla a la cara y la herían a bulto. Según dijeron, la traían del tribunal, a donde la llevaron por entrometida, perturbadora de la paz pública y enemiga del pueblo; y la conducían a la cárcel, para que así, encerrada, no fuera en adelante fiscal de los vicios, acusadora infatigable de la mentira.

Cuando pasó el barullo, quiso el viejo que siguiéramos nuestro camino, para ver el Palacio en que habitó siempre la diosa y en donde estuvo su Academia. Al cabo de muchos trabajos, bordeando charcos de maledicencia, saltando llos, huyendo de embustes y perseguidos de tramposos, dimos con la casa, cuya puerta se hallaba cerrada a cal y canto. Un cartelillo, pegado con tachuelas en el dintel, decía así:

LOCAL ADQUIRIDO PARA ESCUELA DE BAILE

